

Guillermo Feliú Cruz

La Biblioteca de Escritores de Chile



A Biblioteca de Escritores de Chile, fundada por el Gobierno el año 1908 para conmemorar el centenario de la independencia de la República, ¿representa la producción intelectual de Chile, tal como fué el pensamiento de sus creadores? ¿Puede decirse que ella condensa lo más sobresaliente de nuestro espíritu literario? ¿Está ahí reunido, con orden, con un plan cronológico y conforme a las divisiones de la preceptiva, las diversas expresiones del genio de la literatura nacional? ¿Podrá sostenerse que en ella, así por el número y variedad de las obras, como por la importancia y entidad de las materias, forma un cuerpo de las representaciones más características y honrosas del progreso de las letras chilenas?

En un espacio de más de un cuarto de siglo, la labor de la Comisión encargada de editarla, ha sido lenta. Ha debido renovarse también en ese tiempo; ha tenido que mantenerse en receso durante largas etapas a causa de la penuria casi constante de la hacienda pública, este mal endémico del país de las crisis; y ha debido, como publicación fiscal, estar sometida a las mutaciones de las influencias de círculos sociales o políticos, interesados en consagrar un nombre, perpetuándolo en una biblioteca que parecía llamada a consagrar la inmortalidad por su carácter de monumento de la cultura de Chile. Esas influencias se movieron, en otro tiempo, para destacar a escritores contemporáneos ansiosos de unir el nombre de ellos al de otros eminentes,

cuyas obras fueron incorporadas a la biblioteca y a cargo de quienes corrió la selección y el prólogo con que fueron ornadas. Eso, naturalmente, la ha dañado.

En veintisiete años, la *Biblioteca de Escritores de Chile* ha publicado trece volúmenes. ¿Qué valen, qué añaden ellos al mérito intrínseco de nuestra cultura intelectual? ¿Qué significan en nuestra historia literaria? Repasémoslos brevemente. El *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile* con que se inicia, es un ensayo desgraciado de historia y crítica literaria. Una biblioteca de escritores nacionales consagrados por un mérito indisputable, no debió, ciertamente, inaugurarse con un estudio que ya anticipaba su desprestigio. Obras de esa naturaleza, cuando se conocen las grandes colecciones francesas, inglesas, alemanas o italianas, que llevan estudios especiales sobre determinados géneros literarios, debidos a los más concienzudos eruditos y críticos, colocan el ensayo que la precede en la nuestra en un triste nivel de inferioridad respecto de aquéllas, con las cuales nunca podrá competir. Ni siquiera con las dos españolas, la de Rivadeneira y la de Menéndez Pelayo, desordenada la primera, pero con notables y valiosísimos prólogos críticos y bibliográficos para el conocimiento del teatro, de la novela, de la poesía, de la historia y de la oratoria; magnífica la otra, en la que la labor de varios prologuistas de aquélla, fué llevada como de frente, casi siempre por el autor de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*.

Es cierto que la *Biblioteca de Escritores de Chile* no aspiró nunca a una tan señalada importancia ni pretendió ocupar destacado relieve en el conjunto de sus hermanas mayores. Modesta en la proporción del valor de las obras de los propios escritores que en ella se incluyeron, debió, sin embargo, exigirse, cuando se escribió el panorama del desarrollo intelectual de Chile, una visión crítica severa, una apreciación ajena al ditirambo y a los lugares comunes que la afean con tan señalada pertinacia. El mismo plan de la composición es desgraciado. Si hubiéramos de

tomar el número de escritores que figuran en ese libro, Chile sería un país con más escritores que la Francia, por ejemplo. No es la calidad de la obra lo que da derecho amplísimo para figurar allí, ni es tampoco la cantidad, buena o mala, lo que concede ese derecho; es haber escrito alguna vez. ¡Calcúlese el criterio! Jorge Hunneus, su autor, aunque vivió enamorado de las letras en su juventud y mantuvo en la edad madura constantes devaneos con ellas, no era un escritor. Tenía talento, pero equivocó el suyo al consagrarlo a la literatura. Esta inteligencia se encontraba mejor puesta al servicio de la política y de la diplomacia. En las letras ¿qué le sobrevive? Carecía hasta de la noción más elemental de lo que es una crítica literaria. Los adjetivos reemplazaban al concepto, al pensamiento profundo que ve y sabe hacer resaltar las observaciones que valorizan o destruyen una obra, cualquiera que sea la materia en que la encasille la preceptiva, si esta acepta alguna clasificación. Un juicio sobre un poeta es igual en Jorge Hunneus a otro: si se trata de un novelista, ese mismo le calza a aquél. Aquélla, ni por su información histórica, sumamente deficiente, ni por su mérito literario, ni por la ponderada razón de las opiniones, es una historia literaria, ni un ensayo, ni un panorama, ni nada. Es la obra de buena voluntad de un hombre entusiasta, pero ayuno, total y absolutamente, de competencia. Ese primer tomo de la *Biblioteca de Escritores de Chile*, fué, pues, casi el suicidio de ella.

De los doce volúmenes restantes ¿cuántos merecen recordarse? Vallejo debía entrar allí por derecho propio. La edición de los artículos de Jotabeche es un primor. Se ve la conciencia del hombre que tuvo a su cargo la formación de ese volumen. Era nada menos que Alberto Edwards. Nunca se había demostrado ese escritor, no obstante sus enciclopédicas condiciones de cultura, como un crítico literario. Y sin embargo, el ensayo que le consagra en la introducción a la vida y a la obra de nuestro primer costumbrista, cuya originalidad ya no es dable sostener

con los ardores de otro tiempo, es lo más completo que hasta ahora se conoce. Este estudio superó al del mismo Amunátegui, aunque el de éste debe considerarse todavía como una de las aportaciones más serias al estudio de un hombre de letras chileno. A Jotabeche lo conocemos, a través de este trabajo, como escritor, como hombre íntimo, procaz y altanero, irascible y tierno; apasionado y vengativo; desleal e inconsecuente; como político inconstante y versátil, mal diplomático, impulsivo, sin sagacidad ni moderación. Edwards ha conseguido retratarlo con verdadera maestría. Por lo demás, y esto hay que decirlo, el volumen consagrado al escritor copiapino es el único de la *Biblioteca de Escritores de Chile* que reúne todas las condiciones que requiere una colección de esta naturaleza. Un buen estudio crítico-literario, una espléndida biografía, una magnífica selección de sus escritos, un valioso contingente de la correspondencia personal del literato que da los perfiles del hombre, y, por último, una copiosa bibliografía. He aquí, pues, un modelo único en la *Biblioteca de Escritores de Chile*, que después no se trató de imitar ni de imponer.

El mismo procedimiento debió seguirse con Pérez Rosales. Nada hay que reprochar a la edición de los *Recuerdos del Pasado*, que es aquélla que poco antes de su muerte corrigió el propio autor en compañía de Luis Montt. El texto, desde el punto de vista material, es decir, como corrección de pruebas y expurgo de erratas, que tanto habían dañado las ediciones anteriores, es regular por la circunstancia antes señalada. Pero cabe preguntarse ¿Pérez Rosales no requería por su enorme importancia en las letras chilenas y en la formación social de la república, un ensayo crítico, biográfico y literario más acabado que el que sirve de prefacio a su libro? ¿Se puede llamar tal el modesto boceto biográfico debido a la pluma del prologuista Montt? Tiene todo el corte del artículo de los diccionarios biográficos. Frío, esquemático, sin profundidad, sin estudio de las características más acentuadas del individuo, atento más bien a la cro-

nología que a destacar el alma del personaje. Y Pérez Rosales necesitaba un estudio de esa naturaleza. Su libro, *Recuerdos del Pasado*, es fundamental en la literatura nacional. Unamuno lo ha calificado como de los mejores, y se comprende el porqué. Une a su estilo irreprochable, gracia, espontaneidad y color local. La cultura literaria de que estaba empapado es una de las mejores logradas en la historia de las letras nacionales. Educado en París en el Colegio de Silvela, bajo la dirección de Moratín, no es sólo su preparación literaria la que llama la atención por lo completísima de ella, sino también su vasta ilustración científica. Al lado del gran humanista que hay en Pérez Rosales hay un hombre de acción, un organizador, un conductor de hombres. En él se suman, además, las características del tipo chileno del siglo XIX. Es un andariego, un optimista, un aventurero, un inquieto sin rumbo, pero de grandes horizontes. Generoso, valiente, audaz y emprendedor, aunque el sino le será desfavorable en las empresas. Montt, por su amistad tan íntima con el escritor y por haber dispuesto de todos sus papeles, pudo habernos dejado un ensayo sobre aquel hombre de mérito extraordinario. Fué una lástima que no lo hiciera. Pero la comisión de la Biblioteca pudo salvar esta circunstancia encargando a un hombre del estilo de Alberto Edwards completar lo que faltaba en Montt.

Los Constituyentes de 1870 de los hermanos Domingo y Justo Arteaga Alemparte, integran otro de los volúmenes de la Biblioteca. No es posible regatearle su valor literario ni su importancia como documento psicológico. Los ciento nueve retratos de los parlamentarios allí presentados significan una prodigiosa revelación de nuestros hombres públicos de hace más de medio siglo, algunos de los cuales nuestra generación alcanzó a tratar y a conocer, confirmándonos en el juicio admirable de la adivinación psicológica de sus autores. Descontemos, por ser una redundancia insistir en el punto, el inestimable mérito literario de *Los Constituyentes de 1870* en su aspecto general, por-

que estudiada la obra con detalle, se percibe la inferioridad y la desigualdad de muchos de los retratos allí presentados, como que son dos plumas las que han intervenido en su composición. La más prosódica, la más incisiva, la más intencionada, hablando literariamente, corresponde a la de Domingo Arteaga Alemparte. La que ahonda más también en la percepción de los caracteres, la que nos revela mejor el alma de los individuos es la de este mismo escritor. Justo Arteaga, con excelentes condiciones, es inferior a aquél. Inconscientemente el lector llega a establecer ese paralelo y esa conclusión.

Roberto Hunneus fué el autor del prólogo de ese libro. No estaba este caballero, tan apreciable por sus dotes personales y tan señaladamente conocido en nuestro mundo social y en especial en el círculo de sus amistades, al nivel de la tarea que se impuso con tan buena voluntad. Sentía amor por las letras pero no era escritor. La inquietud por las cosas espirituales que solían agitarle como hombre culto, lo hacían tomar la pluma y escribir y escribir. Escribió poco, sin embargo. Valía más conversando, relatando lo que había leído. Cuando tomaba la pluma ya la cosa era otra cosa, porque lo interesante de su conversación verbal, traducida en letras de molde, convertíase en vulgaridad. Se parecía en esto a su hermano Jorge. Más que escritor era orador, político, diplomático, hombre de mundo; Roberto era poeta, mediocre, espíritu cortesano, hombre culto cual conviene a un caballero. La introducción que compuso para *Los Constituyentes de 1870*, forma un ensayo biográfico sobre Justo y Domingo Arteaga Alemparte en el cual se estudia separadamente la labor literaria y la obra política de cada uno de ellos, para hacerla después converger a la tarea común de los dos escritores. A pesar de que esa introducción sólo confirma las escasas dotes de escritor de Roberto Hunneus y su ninguna preparación como hombre de pluma, es preciso hacerle justicia como investigador de las vidas de esos dos hermanos.

Su estudio presentaba, por primera vez, en un cuadro ge-

neral, nutrido de datos y de antecedentes, los materiales para hacer un libro. En el cuerpo desordenado, bullía, sin alma, la vida de aquellas dos inteligencias. Pero aun este mérito debía ser poco duradero para la gloria de Hunneus. Un joven estudiante del Instituto Pedagógico en la asignatura de Historia y Geografía, apenas transcurridos algunos años de la publicación de ese trabajo, reharía de base a superficie aquel ensayo. Gabriel Amunátegui, en una brillante memoria universitaria, que debe calificarse como modelo, y que fué premiada después en un concurso, agotó, así puede decirse, la materia. Su estudio, mejor escrito que el de Hunneus, más bien investigado, con un dominio completo de las fuentes y del material documental, con sólido criterio y reposado juicio, presentábanos, en apretadas páginas, las siluetas completas de Domingo y Justo Arteaga Alemparte con un relieve que no alcanzan las de Hunneus.

De distinto carácter son los otros volúmenes de la *Biblioteca de Escritores de Chile*. Ya no forman, como los anteriores, libros completos sobre una materia uniforme. Son más bien selecciones y sobre ellas hay bastante que decir. Destaquemos de entre éstas una sola. *El Teatro Dramático Nacional*, compilado y prologado por Nicolás Peña Munizaga, sólo puede tener un valor de antecedente histórico. Es tal vez de los géneros cultivados en Chile el más infecundo, el menos original, el peor de todos. Como la poesía en el siglo XIX, en el que apenas se salvan dos o tres poetas de verdad, en el teatro la aridez es todavía más desesperante. Sólo un autor dramático, y todavía mediocre, merecería ser recordado. ¿Por qué entonces, si el teatro chileno no representa en la historia literaria de Chile ni el desarrollo de su cultura, nada digno de hacerlo sobrevivir, se le incluyó en esa biblioteca? ¿Por un placer de pura erudición? Los autores de los dramas que vieron nuestros abuelos en plena época romántica, ¿merecían ser recordados como exponentes de un arte, de un género literario? Si tal pregunta se nos hubiera hecho a nosotros como bibliógrafos, historiadores o simplemente eruditos de la li-

teratura nacional, habríamos contestado afirmativamente la interrogación. En razón de la especialidad, que generalmente busca el mayor número de las obras sin atender tanto a su calidad intrínseca, o puramente al orden cronológico del desenvolvimiento de los géneros, se comprende y se justifica una respuesta como esa. Pero la *Biblioteca de Escritores de Chile*, que sólo aspiraba a dar a conocer, según su programa, las obras más características por su valor estético; no debió incorporar a esos autores que nada o bien poco añadían a nuestro arte literario. El criterio estético fué sacrificado a la curiosidad histórica. La compilación misma, como la selección en materia tan poco grata, en que la anemia y el raquitismo son igualmente parecidos, corrió a cargo de manos bien expertas, Nicolás Peña Munizaga, espíritu cultísimo, de grandes lecturas, de ilustración formal y de ponderado juicio, tuvo a su cargo la tarea. Escribió una reseña histórica sobre el teatro en Chile como introducción para ese volumen; pero no es tanto la parte histórica la que allí vale, susceptible de completarse con mejores datos como efectivamente lo ha sido después, sino el estudio crítico sobre los dramaturgos chilenos de todo el período del siglo XIX. Es éste un capítulo de primer orden sobre nuestro teatro, y aunque el autor comprende su insignificancia y dentro de ella encuentra en determinados autores, dotes y condiciones malogradas, inspiración desordenada, pero verdaderas, facilidades dramáticas mal aprovechadas por la impericia, fértiles recursos traicionados por el afán de la imitación, sus conclusiones, atenuadas por la simpatía que el tema le produce, no logran modificar el concepto de la pobre originalidad del teatro nacional, ni tampoco destacarlo de su vulgar condición imitativa.

La nota de estas selecciones y compilaciones eruditas, impropias en una biblioteca como la de escritores de Chile, debía estrenarse más aun todavía. Se las habría justificado y hasta exigido en otra de otra índole en las cuales habría sido indispensable. Así, confundiendo el criterio, vemos dar lugar a la ora-

toria sagrada chilena. ¿Qué importancia ha tenido ella como instrumento literario? ¿Cuál de sus piezas merece salvarse del justo olvido en que duermen? ¿Qué orador sagrado chileno merece justamente el título de tal? ¿Cuál es aquel discurso sobre el que pueda decirse: he aquí un modelo? Si en el teatro apenas dos autores se salvan, si en la poesía hay tres, en la oratoria sagrada del siglo XIX no hay ninguno. El juicio es rotundo y desgraciadamente exacto, y no lo empapa ni la pasión contra la Iglesia ni espíritu de sectario contra el clero. Es lo que fluye de la lectura del macizo volumen que contiene la oratoria sagrada nacional. Ella hay que considerarla desde diversos aspectos: por la forma es de una mediocridad aplastante. Está llena de los más vulgares lugares comunes. Es hinchada en su misma vulgaridad. La frase es de ordinario retorcida, alambicada, como hecha de intento para producir la impresión de un conocimiento profundo de los textos bíblicos. La fraseología llena todo el discurso. Cuando se quiere buscar la emoción cáese en la chocarrería. Los períodos largos, interminales, producen una fatiga desesperante. Es ahogarse en un mar de palabras. Por el concepto, es decir por el fondo filosófico, la oratoria sagrada no muestra tampoco en sus oradores hondura alguna. No hay belleza en el pensamiento ni oportunidad en las consideraciones. Se llega a lo trivial cuando se quiere buscar la grandeza. Se es siempre inferior en la interpretación de las máximas evangélicas. El Evangelio está lleno de las más peregrinas bellezas, de las más sutiles y hermosas consejas. Sus páginas tienen la ingenuidad fresca, inmarchitable, de los libros primitivos. De ellas se desprende un soplo de amor superior al que han podido cantar los mejores poetas. Las imágenes, las parábolas, las sentencias, los salmos, son como las expresiones más altas de la humanidad expresadas en formas poéticas. Un mediano sentido del arte, en el orador sagrado, podría haberle hecho explotar ese mar inmenso de bellezas; pero rara vez se ha dado el caso de que, uno solo siquiera, dotado de sensibilidad, haya logrado

elevarse a las alturas de una superior inspiración. Los ejemplos, que se deducen de las máximas cristianas son en nuestra oratoria demasiado afectados y endurecidos para que fructifiquen en quien oye el discurso, la noción moral que precisamente se quiere inculcar. Produce un efecto que se pierde, no enseña, porque no es capaz de comprender.

Un juicio sobre nuestra oratoria sagrada fué pronunciado mucho antes de la publicación del volumen que la contiene, por un inteligente y culto sacerdote que bien conocía el tema. Se llamaba Abraham Donoso Grille. Escribió sobre ella un folleto en el cual llegaba a idénticas conclusiones que las nuestras. Tan libres fueron las opiniones que entonces emitió aquel ilustre sacerdote, fué tal el estrépito que produjo la caída de los ídolos consagrados por una vieja tradición como oradores insignes y que Donoso Grille arrollaba sin piedad, que la curia santiaguina se alarmó. Ordenó recoger la edición de ese folleto, hoy rarísimo. Desde entonces el clero quiso vindicarse de lo que estimaba una injusta imputación. Y logró hacerlo. La Comisión de la *Biblioteca de Escritores de Chile*, debió ceder a la influencia de una política clerical y consintió en llenar el más abultado de sus volúmenes con los sermones, oraciones y discursos de los oradores de la Iglesia. Corrió con esa edición, con la selección y compilación, don Manuel Antonio Román, autor de un prólogo histórico sobre el particular. No creemos que ni el autor ni la Iglesia lograsen justificar con esa publicación el mérito de nuestra oratoria sagrada ni que se añadiera cosa alguna a una gloria por demás mezquina.

¿Podrán extrañarse otras anomalías en la *Biblioteca de Escritores de Chile*, después de las que hemos visto? Citemos otra más todavía. Don Adolfo Valderrama fué un hombre distinguido, formado por su esfuerzo. Tenía una inteligencia brillante que le permitió destacarse en la carrera médica, en la cátedra de la facultad universitaria, en la política y en la alta dirección de la enseñanza pública. También escribía. Como escritor no

sabemos que en su tiempo fuera solicitado del público ni que llamara poderosamente la atención como Alberto Blest Gana en la novela, Benjamín Vicuña Mackenna en la historia, José Antonio Soffia en la poesía, pongamos por caso. Escritores del tipo de Valderrama hay bastantes en Chile. En estricta justicia no se les puede desconocer determinadas condiciones, tampoco es posible relegarlos al olvido y no incluirlos en los manuales de historia literaria; pero lo que nunca se hace con ellos es citarlos en una antología. Ni en sus propios días alcanzaron la boga. Merced a la obsrervancia acabada de la preceptiva logran vivir. Saben puntuar con estricta sujeción a los cánones y hacen un retrato conforme a las reglas clásicas. Valderrama era del tipo de estos escritores. Sin ser propiamente una vulgaridad literaria, estaba muy cerca de ella y el silencio que piadosamente cubre su nombre y su obra como escritor y como autor es, sin duda, justificado. Pues bien, ¿qué pudo influir para que se le incluyera en la *Biblioteca de Escritores de Chile*? ¿Un criterio político? Así como la inclusión de la oratoria sagrada fué un tiempo del partido conservador y de la Iglesia, éste fué otro del balmacedismo. Prologó el tomo que se le consagró con el nombre de *Obras escogidas*, un personaje alrededor del cual se ha formado una verdadera leyenda: Enrique Nercaseaux y Morán, el hispanista intransigente, el afectado purista, el gramático incorregible. Se ha hablado mucho de Nercaseaux como escritor, en quien la cantidad y la calidad andan paralelas y con igual benevolencia. Nercaseaux escribió poquísimo y apenas si su firma se encuentra en alguna obra suya que le pertenezca por entero. Lo que dejó disperso en revistas es también de poco aliento. Solía hacer versos en los que la inspiración aparece contenida por el afán de guardar la corrección de las formas; pero nunca su número fué poderoso, ni tuvo grandeza ni emoción sincera. La prosa de su estilo es así como sus versos, de ordinario de una frialdad en la que no alienta un soplo de calor, desteñida, floja, amanerada, cortada como en molde. Una cosa obsesiona siempre a

Nercaseaux: La pureza, el gramaticalismo, la propiedad lexicográfica. Arte y belleza son palabras para él a las cuales debe imponerse la forma. Bastará, para convencerse de lo que aquí decimos, leer el prólogo a las obras de Valderrama. Son dos autores que se parecen por lo adocenados.

Posiblemente, ningún libro más hermoso que uno del célebre diarista Manuel Blanco Cuartín. Variedades en las materias de arte, de literatura, de historia, de crítica literaria, de política, de biografía daría ese volumen. Galanura del estilo, gracia e ingenio, humor y gravedad, finura y elegancia habrían sido las más destacadas condiciones de esa obra. Era uno de los periodistas más brillantes del siglo pasado; con un bagaje de cultura inmenso, con una sólida educación literaria y una poderosa inventiva. Terrible en la polémica, cáustico, incisivo, de sus colegas de diarismo de ese tiempo Blanco Cuartín no cede a ninguno el puesto preeminente que ocupa en su desenvolvimiento. A un hombre por tantos títulos notable en las letras y en el periodismo nacional, debió consagrarse una cuidadosa selección de sus escritos. Se imponía en la obra vastísima de quien pasó con la pluma entre las manos por espacio de cincuenta años, llenando diariamente las columnas de la prensa con artículos y ensayos de verdadera calidad. La *Biblioteca de Escritores de Chile* no lo hizo así. Descuidó ese trabajo, encomendándolo a quien carecía de preparación para ello, no sabemos quien lo fuera, porque no creemos que el prologuista cometiera los errores que allí son patentes. El tomo consagrado a Blanco Cuartín ni contiene una selección bien hecha ni demuestra ninguna conciencia en su preparación. El ensayo sobre la poesía francesa y española está publicado dos veces. La primera vez aparece como un simple artículo, la segunda como el discurso pronunciado por Blanco Cuartín en su incorporación a la Academia Chilena de la Lengua. De este modo se han perdido inútilmente algo más de cien páginas, que pudieron destinarse a reproducir otros estudios del escritor. Firma el prólogo Juan Concha. Es una hermosa pieza en

la que se traza la vida bohemia y desgraciada del redactor de «El Mercurio». No es un estudio completo, literariamente, sin embargo, es digno de recordarse.

La oratoria política en Chile, mejor dicho, la parlamentaria, está representada en la *Biblioteca de Escritores de Chile* por dos volúmenes que corresponden a un mismo orador, Isidoro Errázuriz, «Condorito», como se le llamaba entre sus amigos, no fué, precisamente un orador parlamentario en la estricta acepción del vocablo. Era más bien un tribuno. Si este aspecto de nuestra oratoria era el que se deseaba perpetuar en la *Biblioteca de Escritores de Chile*, no hay cuestión que se eligió con acierto al más representativo de ese género. Si se hubiera querido buscar a otro orador de corte parlamentario, Lastarria habría sido un excelente modelo y el mismo Santa María pudo ser también elegido como muestra. En la oratoria política de Chile es difícil trazar una línea exacta que divida la parlamentaria de la tribunicia y de la jurídica. Lastarria puede colocarse en la primera; Errázuriz en la segunda; Manuel Montt en la tercera. Nuestros políticos, casi todos hombres formados en la escuela del derecho, han sido ante todo, oradores jurídicos. Los puramente parlamentarios son escasos. Errázuriz como tribuno es el que mejor representa esa oratoria: «listo para el ataque, que es bravura; para la agitación, que es libertadora; para el canto de la victoria, que es oda», según lo ha definido Arturo Alessandri. Pero, además, tenía una imaginación esplendorosa, un vocabulario riquísimo, una memoria feliz, una ironía desconcertante y un enorme poder de seducción personal. Se puede decir con seguridad, sin peligro de equivocarse, que los dos tomos que contienen sus discursos, no los contienen todos ni los mejores; que hubo precipitación al escogerlos y que no se recorrió con la debida prolijidad su vida de congresal para extraer de ella, en el espacio de cuarenta años, las más notables piezas de su ingenio. Como en el caso de Blanco Cuartín, ignoramos quien corrió con la selección de los discursos de Errázuriz. ¿Fué el mismo prolo-

guista? Quien firma la introducción es Luis Orrego Luco, pero ésta no es tal; no es un estudio especial dedicado al orador, al hombre de letras, al periodista y al político; es, simplemente, un artículo de ocasión escrito por Orrego Luco con motivo del fallecimiento del autor de la *Historia de la Administración Errázuriz*. Merecía más, sin duda, ese escritor.

Por su indisputable valor científico, que ha hecho del suyo un libro clásico en la materia, por su espléndida factura literaria y hasta por la revelación que él significó de las dotes poéticas de nuestro pueblo, el de Julio Vicuña Cifuentes, intitulado *Romancero popular chileno*, debe ser considerado como uno de los más felices aciertos de la *Biblioteca de Escritores de Chile*. Si la conciencia de Julio Vicuña Cifuentes o de Alberto Edwards hubieran sido la norma de esta publicación oficial, no hay duda que Chile habría contado con una biblioteca digna de este nombre y no con una colección de autores nacionales tan dispareja en el mérito de los autores escogidos y en el de los prologuistas.

Al reiniciarse su publicación, años más tarde, el buen sentido parecía señalar las etapas naturales que el tiempo ha indicado entre la pasada Biblioteca y la nueva. Debió designarse a aquélla como de la primera época y a la otra como de la segunda. Mejor habría sido iniciar una nueva, con todas las formalidades que una obra de esa entidad necesita para alcanzar crédito y la importancia que reclama una publicación nacional. Desgraciadamente no se hizo así y se prosiguió el camino seguido.

En efecto, con el nombre de *Cuentos de la guerra*, en 1930 se publicó una selección de artículos, dispersos en los diarios y revistas de su época, debidos a la pluma de Daniel Riquelme. Inocencio Conchalí, tal era su pseudónimo, fué un escritor tradicionalista, principalmente, que nunca ni aun hoy día ha perdido público. Amaba el pasado y lo sentía en evocaciones admirables. Pero ese su tradicionalismo le hacía comprender que el pasado no era bello por el hecho de serlo, sino que, a su vez, era in-

agotable fuente de humorismo y de ironía. El ambiente popular de sus tipos, en los que el roto forma la materia humana principal, destaca la fresca filosofía del pueblo con su humor sano, gracioso y chispeante de intención. Sin duda, la de Daniel Riquelme fué una acertada elección para ingresarlo a la *Biblioteca de Escritores de Chile*. Mejor todavía la designación del prologoísta. Mariano Latorre, en un acabado ensayo de interpretación del hombre, de la época y del ambiente, nos ha dejado una silueta bien pergeñada de Riquelme tradicionalista y costumbrista.

